

FATE AND FORTUNE

Murió, dejando un legado de notas a pie de página. Se trata de tres carpetas y algunos borradores encontrados en la papelería de reciclaje. Empecé a abrir y hojear como ejecutor de este archivo por venir. Medí su peso en potencial. Los fragmentos supervivientes demuestran una relación vocacional con la entrega, como un cactus de ventana, anhelando agua, pero erguido en autosuficiencia.

Un legado desesperado de tanto añoro.

Las notas tienden por lo general hacia la abstracción. Es difícil dar ejemplos ya que el difunto presupone que conocemos el tema en cuestión, como si la nota a pie de página estuviera tan abajo en sus deliberaciones conceptuales que estas vibran en su rechazo de definición, asemejándose a un salpique de agua azul en lo nocturno del cosmos. Son cavilaciones en forma de saliva con un despliegue sistemático. Un lío se asotana con una levita. ¿Es esto destino o fortuna?

Un momento, más que ejemplo, se concretiza en el motivo recurrente de lo moreno. ¿Qué hace que la tierra sea marrón y qué dice eso de que su piel oscurezca con el tiempo? El fin de la vida y su incontenible pluralidad coinciden en lo infinito del color. ¿Es así como la materia va y viene? Lo desechable y lo inevitable de un empaque de medicamento usado, se amarronan con cada capa. Aquí aparece lo moreno como un charco de posibilidad y brillantina esperanzada, no muy distinto a un laberinto de arena donde el único bálsamo para la recta final es el deseo de una caricia desprevénida. Ese es su momento de precisión. ¿Es esto destino o fortuna?

Como alguien que le conoció tarde pero intensamente, le animé en aquellos momentos en los que se sentía solo en su cuerpo, callejeando, buscando intensidad y encontrándola en todo pozo, el más accesible o el más barato. El equivalente a una vida de obra revela lo posible como cornucopia custodiada. El talento es debatible, y donde hubiese estado una fe o confianza se encontraban a menudo charcos informes como los marrones de su erudición. Lo hubiera llamado un pantano de mierda de murciélago acumulada en cuevas donde hierve en metano y transforma su calor en frío. Por este tipo de comentarios le extrañaré. Su legado, breve y generoso, nos confronta con la ética de compartir algo que nadie pide, que no es mío y que la persona que lo hizo no compartió, pero que a la vez es un obsequio y un perdón. ¿Es esto destino o fortuna?

Explicarse la vida como cangrejos mudando concha es un asunto de perspectiva. ¿Es pérdida o ganancia? ¿Es esto destino o fortuna? Tales preguntas requieren de pesoptimismo, la promesa de una vida secreta que se aferra al fatalismo como requisito para esperanzarse: “Yo, por ejemplo, no distingo entre optimismo y pesimismo y no sé muy bien cuál de los dos me caracteriza. Cuando me despierto cada mañana doy gracias al Señor por no haberse llevado mi alma durante la noche. Si me ocurre algo malo durante el día, le agradezco que no haya sido peor. Entonces, ¿cuál soy, un pesimista o un optimista?”¹ La respuesta yace en la ágil disposición para conglomerar, tanto el uno como el otro, tanto pérdida como ganancia, tanto optimismo como pesimismo. Fiel al tenor pesoptimista de los legados en general y a mi privilegio como ejecutor de uno, les comparto un fragmento inédito, un regalo indeseado, una bendición inesperada,

Nota al pie № 10. El son de extremidades atadas, el un dos tres de la galera más oscura, reconoce las cadenas de un esclavo en el transatlántico, véase *Rumba*. Para el simposio de isleños a la Manhattan, véase *Salsa*. De isla a isla, aparece otro son, un voceo percusivo sin temor, un patois doblegador, véase *Dembow*. Unas manos sobre los ojos, lo usado pintado, un cielo derramando gotas, un, dos, tres, y cuatro, un marrón sin fondo. Véase *Fate and Fortune*.

– José Segebre

¹Emile Habibi, *The Secret life of Saeed the Pesoptimist*, trans. Salma K. Jayyusi and Trevor Le Gassick (London: Zed Press, 1984), 12. Traducción del autor.

FATE AND FORTUNE

He died, leaving a legacy of footnotes. It consists of three folders and some forgotten drafts in the recycling bin. As the executor of the estate, I began to flip through them. I measured their weight in potential. The surviving fragments establish surrender as vocation, like a windowsill cactus yearning for water but upright in self-sufficiency. A legacy grown desperate in its longing.

The notes generally tend toward abstraction. It is difficult to give examples because the deceased presupposes that we are acquainted with the subject matter, as if the footnote were so far down in his conceptual ruminations that these vibrate in their refusal to define, resembling cosmic splatter in the blued depth of dark. They are spit-shaped musings that unfold systematically. A mess has frocked itself. Is this fate or is this fortune?

A recurring moment in his writings is the motif of brownness. What makes the earth brown, and his skin grow darker over time? Life's ultimate fate and its uncontainable plurality coincide in the infinity of color. Is this how matter comes and goes? The disposability and unavailability of packaging, browned with each layer. The deceased imagines brown as a pool of possibility shimmering in hope, not unlike traversing a labyrinth made of sand, clutching to the thought of an unsuspected caress hovering above water. That is his moment of precision. Is this fate or is this fortune?

As someone who met him late in life but intensely, I motivated him when he felt abandoned in his own body, wandering, craving intensity and finding it in every well, the cheapest or most available. The equivalent of a lifetime's work reveals the possible as a guarded cornucopia. Talent is debatable, and where there would have been faith or confidence there were often formless puddles like the browns of his erudition. He would have called it a bat shit filled swamp, heaped in caves boiling in methane and transforming heat into cold. For these comments, I will miss him. His legacy, brief and generous, confronts us with the ethics of sharing something no one asked for, that is not mine and that the person who made it did not share, but which is both gift and absolution. Is this fate or is this fortune?

To account for one's life like crabs swapping homes becomes a matter of perspective. Is it a loss or a gain? Is this fate or is this fortune? These questions call for pessoptimism, the promise of a secret life that holds on to fatalism, lightly, as a condition for hope: "Take me for example. I don't differentiate between optimism and pessimism and am quite at a loss as to which of the two characterizes me. When I awake each morning I thank the Lord he did not take my soul during the night. If harm befalls me during the day, I thank Him that it was no worse. So which am I, a pessimist or an optimist?"¹ An answer lives in the agility with which we conglomerate, both this and that, both a gain and a loss—optimism inasmuch as pessimism. True to the pessoptimist tenor of legacies and my privilege as his estate's executor, I share with you a surviving fragment, an unwanted gift, an unexpected blessing,

Footnote № 10. The beat of bound limbs, the one two three of the darkest galleys, recognizes the chains of the Middle Passage, see *Rumba*. For the islander symposium à la Manhattan, see *Salsa*. From island to island, another beat surfaces, the fearless percussion of a knee-bending patois, see *Dembow*. Unas manos sobre los ojos, lo usado pintado, un cielo derramando gotas, un, dos, tres, y cuatro, a bottomless brown. See *Fate and Fortune*.

– José Segebre

¹Emile Habibi, *The Secret life of Saeed the Pessoptimist*, trans. Salma K. Jayyusi and Trevor Le Gassick (London: Zed Press, 1984), 12.